

Hechos autobiográficos del Obispo

○ *Las palabras que conservamos de algunos de los hitos más importantes de la vida de Monseñor Larrain —que incluyen varios manuscritos inéditos— representan la conciencia que tenía de sí mismo, como hombre a quien la Iglesia confía las más altas responsabilidades y provee de los más altos poderes espirituales.*

El lector podrá apreciar el inmenso respeto que tiene, a la luz de una fe largamente madurada, por sus cargos y funciones.

DIA DE LA ORDENACION SACERDOTAL
(16-IV-1927)

^{y muy}
He querido en estos momentos los mas solemnes de mi vida,
abia que abrir mi corazon en medio de vosotros para dar
expansion a los sentimientos que embargan mi alma y poner
desde ahora en practica el mandato que he recibido de predicar
por doquiera la buena nueva anunciando el reino de Dios
¿ sus palabras pueden salir de mis labios en estos instantes
sino las de la gratitud hacia ~~el~~ Señor que se ha dignado
hacerme su ministro? ¿ de que otra cosa puedo hallaros sino
de las maravillas que en su misericordia, Dios ha conmigo, reah
de "Venid, si, os dire con el salmista, venid todos los que
amais al Señor y os contare las ^{grandes} obras que en mi salvamento ha
hecho. y es por esto que mis labios sacerdotales que por vez
primera pronuncian la palabra ^{sancta} ~~de Dios~~, que por vez primera
pronunciarán en breve la formula ^{augusta} ~~sancta~~ que hace ^{descender} ~~descender~~
delos ^{cielos} e imbolarse a un Dios no saben sino pronunciar el himno
~~de la gloria~~ que del botara hace 2 mil años de los labios
procuramos de nuestra cara madre Maria "Magnificat
mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en
Dios en mi Salvador, porque ha hecho en mi grandes
cosas y su misericordia permanece por los siglos
de los siglos.

y Jesús ^{el} ~~el~~ sacerdote ^{de la} ~~de la~~ ^{venido} ~~venido~~ a
reconciliar el cielo con la tierra ^{quien} ~~quien~~ ^{quiso} ~~quiso~~
su sacrificio un sacerdocio eterno según el orden
de Melchisedec

Las gracias sean dadas a la Trinidad sacramental
que levantandome del polvo de mi miseria quiso instituir
me como mediador entre ella y los hombres. A la glorifica-
ción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo ^{Santo} en las
das todos los trabajos de mi ministerio, todos los actos de
mi vida sacerdotal; gloria que mis empresas y fatigas
que mis penas y alegrías no tengan otro fin ~~que este~~ ^{que} el
de su mayor y más grande gloria, que mi única gloria
sea la frase del apóstol S. Pedro "ut in omnibus glorifica-
tur Deus" que en todo sea Dios glorificado.

Gracias sean dadas a ~~Jesus~~ ^{Jesus} gracias sean dadas a
Jesus, ~~el supremo ideal~~ ^{el ideal único} ideal único de mi alma, que
ha querido haceme partícipe de su eterno sacerdocio
~~por su sacrificio~~ ^{por su sacrificio} (para ~~ofrecer~~ ^{ofrecer} ~~diariamente~~ ^{diariamente}
~~hacerse presente~~ ^{hacerse presente} el sacrificio augusto de su
Cuerpo y sangre adorables), para renovar

incrementamente su pasión santísima, ~~por~~ ^{por} por cuyos méritos infi-
nitos mis ~~delitos~~ ^{delitos} pecados repercutirán la absolución y
el perdón, abirán a los arrepentidos las puertas de la gloria
y señalarán a los justos la vía de eterna salud.
Por el ~~reconocimiento~~ ^{reconocimiento} ~~de su realza soberana~~ ^{de su realza soberana} por el advenimiento
~~del reinado de su Corazón adorable~~ ^{del reinado de su Corazón adorable}, he querido que este ^{mi} primer
sacrificio sea ofrecido. A esta causa santa consagro mi vida
entera, e en el "advenit regnum tui" coloco el supremo
ideal de mi apostolado sacerdotal.

"Hanc est dies quam fecit Dominus, exultemus
et letemur in ea" Este es el día grande que ha
hecho el Señor, alegrémosnos y regocijémosnos en él.
Así exclama hoy la ^{santa} Iglesia al interior llena de
júbilo el Alleluia de la Resurrección y así también
exclama mi corazón henchido de reconocimiento al
subir por vez primera las gradas santas del al-
tar de Dios, aquel Dios que alegrara mi juventud
y por cuya misericordia infinita soy lo que soy.

Comados por la emoción mis labios que por vez
primera pronuncian la fórmula santa que hace
descender a un Dios ^{de} los cielos, e inmóvil sobre
el ara del sacrificio he querido de este modo comuni-
carme con vosotros. Todos lo que amais para dar
cumplimiento desde ahora al mandato que reci-
bido "Id y enseñad a todas las gentes; predicad la
~~buena~~ buena nueva, anuncia el Reino del Señor."

"Venid, os diré, con el Salmista, venid todos los
que teméis al Señor y os contaré las maravillas
que en mí ha obrado." ~~resurrección al Señor~~
~~no desalabara y gustad que sea sale de mis labios~~
~~de vosos~~ ^{truidos} en el estuche ^{de} ~~de~~
la Caridad Cristiana entonemos ^{hacia} ~~el~~ himno

porque es eterna su misericordia y elevemos
nuestro corazón hacia lo alto porque aunque mis
cables y jorres de todo momento hoy unas nuevas
manos sacerdotales se alzan para bendecir y
absolver, ~~estas~~ hoy unas nuevas manos ungidas
ofrecen al Padre Eterno la hostia pura, la hostia
santa e inmaculada, la víctima divina que
reconcilia el cielo con la tierra para caer sobre
ella el ~~sea~~ torrente inagotable de gracias que
llovía del Costado abierto de Jesús!

LLEGADA A TALCA COMO OBISPO. "VENI, DOMINE JESU" (1)
(28-VIII-1938)

Encontrados sentimientos difíciles de expresar, agitan mi alma en estos instantes. La cariñosa acogida que me dispensáis, las horas inolvidables vividas desde mi llegada, la presencia en este recinto de las autoridades eclesiásticas y civiles, clero y fieles de esta noble ciudad de Talca, que no encuentra palabras adecuadas para formularse. Y al pensar que estos honores recaen sobre mi humilde persona siento la confusión profunda de un inmerecido homenaje que sólo encuentra explicación en vuestra nunca desmentida y tradicional hidalguía. Pero, señores, obispo de la Iglesia de Dios, debo elevarme sobre las circunstancias personales y penetrar en el hondo significado cristiano que esta manifestación encierra.

1. *Misión de Amor*

Hace 19 siglos que la escena, con modalidades diversas, pero idéntica en su fondo se repite. El Vicario de Cristo toma a un hombre de la multitud, a veces sin dotes personales, como en el caso presente, lo llama y le dice mostrándole una porción de la mies siempre madura de la Iglesia: "Id y amaestrada a todas las gentes... predicad el evangelio a toda creatura... enseñadles a guardar todas las cosas que yo os he mandado... marcha por los caminos del mundo a anunciar la paz, a anunciar los bienes y a repetir el evangélico mensaje, que "se acerca para las almas el reino de Dios".

Y el así llamado, consciente de su miseria, pero sintiendo la voz de la Iglesia que le dice en el día grande de su consagración: "recibe el Espíritu Santo", sabiendo que la obra de Dios se realiza con débiles instrumentos, oye el llamado divino, empuña la cruz entre sus manos y llega hasta esos nuevos hijos que el cielo le confiaba a estrecharlos contra su pecho de hermano, de padre y de pastor.

Así he llegado hasta vosotros, señores, heraldo de la paz de Cristo, trayéndoos lo que el Señor en su misericordia se ha dignado por mi intermedio distribuir: verdad en mis labios, bendiciones en mis manos y amor

(1) "¡Ven, Señor Jesús!", discurso pronunciado en la asamblea de recepción de la diócesis de Talca; publicado en Talles Gráficos Casa Nacional del Niño, 1938.

dispuestos a todos los sacrificios en mi corazón. Cuando la voz augusta de Roma sonó en mis oídos para ordenarme el venir a coadyuvar en sus tareas apostólicas al venerado Pastor de esta Diócesis, yo sólo pude, mirando mis manos vacías de méritos y cargadas, en cambio, de muchas imperfecciones, repetir la frase de Pedro el Pescador, junto a las serenas aguas del Tiberiades: "Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te"; "Señor, tú lo sabes todo, pero tú sabes, Señor, que yo te amo". Y la respuesta de Cristo por su Vicario, fue la misma que Pedro recibiera: "Conozco tu miseria; pero a pesar de ella me amas, sé mi ministro, apacienta mis corderos, apacienta a mis ovejas".

Y vosotros, animados de cristianos sentimientos, sin reparar que a las veces es tosco y frágil el vaso que contiene el mensaje de Dios, me habéis recibido con esa cariñosa emoción de fe que no mira al hombre en su pobreza, sino al cargo que en nombre de Cristo y de la Iglesia, viene a desempeñar.

Gracias de todo corazón por vuestras bondades, gracias por este afecto filial con que me habéis rodeado desde el primer instante, gracias por esta íntima comunión de espíritu que ha acercado nuestros corazones y almas para fundirlos en un ideal y en un afecto común.

2. Trabajar por el Reinado de Jesús

Debo pues hablaros con esta confianza que yo tengo deber de emplear y vosotros derecho de exigir, al esperar de mis labios la palabra que indique los propósitos que me animan y los deseos que aspiro realizar.

Ellos se encierran en la frase que escogí como divisa de mi escudo episcopal y expresión de los anhelos más íntimos de mi alma: "Veni Domine, Jesu", Ven Señor, Jesús.

El Pastor de esta Diócesis talquina, a quien quiero rendir público homenaje de mi lealtad, afecto y gratitud, me ha llamado a cooperar a su gobierno y yo sé que interpreto sus ideales al consagrarme con todo mi ser a trabajar por ese reinado de Jesús.

El mundo enfermo clama por él en este instante trágico de su existencia.

3. Presentimiento de un orden nuevo

Hay obscuridad en los espíritus, hay inquietud en las almas, hay dolor de humanidad en el ambiente, hay bambolearse de instituciones y presentimientos de un orden nuevo que amanece. Y en medio de esa confusión de espíritus, característica de todos los momentos cruciales como el nuestro, surge potente en unos como grito de vida, inconsciente en otros como suprema esperanza el llamado de eternidad de la Iglesia: "Veni Domine Jesu". Ven, Señor Jesús. . .

A medida que los acontecimientos van tornándose cada vez más angustiosos y trágicos, el mundo moderno comienza a comprender que los apoyos extrínsecos no van a sostener la civilización que vacila, que es necesario darle el fundamento puesto por mano divina, la piedra angular que sostiene el edificio y que el hombre locamente muchas veces pretendió arrancar: Cristo.

4. *Reinado de verdad y de justicia*

A repetiros ese mensaje de Cristo al mundo contemporáneo; su

reinado social, vengo entre vosotros a trabajar bajo la dirección del Pastor de esta Diócesis, por ese reino de verdad, de justicia y de amor, llego con entusiasmo a consagrarle mis pobres energías, a hacer que cada vez sea una realidad más viva mi divisa episcopal "Veni, Domine Jesu", vengo a ofrendar a la Iglesia en esta Diócesis, el don total de mi ser y de mi vida.

Porque, señores, no se puede obrar de otra manera, cuando a la luz del Evangelio la existencia se caldea de la caridad que nos urge y la mente se ilumina por la belleza maravillosa de Dios que nos señala el origen divino de donde procedemos y las esperanzas radiantes de esa gloria celeste hacia la cual navegamos. Yo siento, señores, en esta hora, más viva que nunca la infinita poesía de la vida en que se lucha por Dios.

Ven, Señor Jesús. El reino de Cristo, es reino de verdad. Las sociedades modernas mueren por el error.

"El mal que sufren nuestros tiempos, dice Maritain, es ante todo un mal de la inteligencia y nada se producirá de estable mientras la inteligencia no haya sido restaurada".

El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros y vimos su gloria, como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad". Sólo la verdad nos hará libres, pero un reino de la verdad plena y absoluta, de la verdad trascendente y total, el reino de Aquél que en su Evangelio dijera: "Yo soy la verdad", Cristo Nuestro Señor.

Sólo a la luz de Cristo puede el hombre conocer el angustioso problema de su destino, sólo a la luz de su mensaje puede el hombre tener una interpretación total de su vida; más aún, sólo por Cristo puede el hombre conocerse plenamente a sí mismo.

5. *Ausencia de Doctrinas*

Digámoslo con franqueza entera, señores, el gran mal de nuestro tiempo es la ignorancia religiosa, es el olvido de lo sobrenatural, es el desconocimiento casi completo de Cristo y su misterio. Lo que más aterra al espíritu no son las doctrinas violentas y por tanto poco durables de los adversarios, sino la ausencia de hondas doctrinas entre los católicos; es el ver que bajo el nombre de cristianos se encubre un naturalismo que

a veces no alcanza a disimularse y que en una buena porción de bautizados hijos de la Iglesia, miembros del Cuerpo místico de Cristo, el concepto pagano de la vida va creciendo hasta invadir plenamente su existencia.

La predicación del misterio cristiano, el conocimiento familiar del Evangelio, la penetración honda de los dogmas de la Iglesia vividos al través de su plegaria oficial; tal debe ser, señores, el propósito firme de nuestras almas, tal el gran anhelo de la mía al exclamar con entusiasmo: "Ven, Señor Jesús". El reino de Cristo es reino de verdad.

6. *Justicia en la libertad*

El reino de Cristo es justicia, pero en la libertad.

El mundo moderno está cargado de injusticia, "y su injusticia primero es haber negado los derechos de Dios al querer proclamar los derechos del hombre. Y todo lo que se hace contra Dios, se vuelve, tarde o temprano, contra el hombre" (Card. Pie).

En el concepto cristiano del Estado su autoridad tiene una norma que lo trasciende, que regula sus derechos y le limita el poder: la ley siempre justa y santa de Dios. El Estado no puede atropellarla y tiene en ella como el mar sus confines.

Esta obligatoria moralidad de la ley "ordinatio rationis in bonum communitatis" (2) es la tutela de la justa libertad de los pueblos.

7. *Armonía social*

De este bien común que regula todo el derecho público cristiano, procede el concepto de armonía social; mediante la equitativa distribución de los bienes de la tierra los individuos y clases se unen para contribuir al progreso común. No individualismo que disgrega, ni comunismo que destruye, ni capitalismo que aplasta, el reino de Cristo por la doctrina de su Iglesia, es el reino de la verdadera justicia social.

8. *El obrero, privilegiado de Cristo*

Para los obreros, para los que sufren, para los que llevan sobre sus hombros el peso del día y del calor, para los pobres de Cristo, los privilegiados de su reino y los predilectos de su corazón, las enseñanzas sociales de la Iglesia, las admirables doctrinas de León XIII y Pío XI deben ser el arco iris de la esperanza que les señale que en ellas y por ellas no está lejano el día de su verdadera redención.

(2) Tr.: "Ordenación de la razón en orden al bien común".

Hacer que esas doctrinas, que ningún cristiano puede desoir, se incorporen en las conciencias, penetren en las legislaciones, inspiren las costumbres y sobre todo hagan darse el abrazo de hermanos a las clases sociales hoy divididas por egoísmos y odios destructores, es una urgente necesidad a la cual anhelo consagrar mis mejores, aunque débiles energías, porque quiero a ejemplo del Maestro, sean los pobres la porción más amada de mi rebaño de Pastor.

Justicia social, señores, que significa además otra cosa, el amor de los ciudadanos a la sociedad a que pertenecen, o sea el patriotismo cristiano, que al decir de Santo Tomás subordina todas las virtudes de los ciudadanos al bien común.

El lema de nuestros mayores: "Dios y Patria", la religión inspirando el sano y bien entendido patriotismo debe ser un anhelo de todos los que amamos esta tierra bendita con el calor de las grandes pasiones y el fervor de los más santos afectos; porque señores, yo creo con fe ciega en los destinos de mi Chile, en la protección que Cristo por su Madre bendita del Carmen le depara y en la vocación social que tiene en nuestro continente "de ser la Covadonga de la reconquista espiritual de América".

9. *Justicia cristiana*

El Reino de Cristo es justicia. En la horrible disgregación de la hora presente, sólo este concepto de justicia cristiana puede llevarnos a la anhelada paz, esa paz que Cristo anunció y por la cual quiero trabajar con los brazos abiertos, para que en ellos se acojan los hombres de buena voluntad.

Ven, Señor Jesús. El Reino de Cristo es amor.

Cuando Jesús descendió a la tierra para conquistar la humanidad, no quiso establecer sobre nosotros su imperio por la fuerza o el terror, sino únicamente por el amor. Para vencer, este divino guerrero, no quiso otra arma sino su corazón, y por ella venció y por ella ha de seguir siempre triunfando.

10. *La única arma: el Amor*

Someter los pueblos con la fuerza es de conquistadores terrenos, pero someterlos con la sola potencia del amor, domar los instintos feroces con la voluntaria debilidad de una dulce bondad; apagar todas las concupiscencias con el austero encanto de la pureza, sofocar todos los egoísmos con la entera dedicación de su ser, vencer toda molición con el heroísmo del sacrificio y la codicia con la completa renuncia, oponer a las armas de Satanás una sola: el amor; dejar en el corazón humano todas las heridas causadas por el pecado original y sobre las llagas derra-

mar un solo bálsamo, el amor; y con esta sola influencia vencer todos los prejuicios sociales, con este solo remedio sanar todas las heridas morales, con esta sola arma triunfar de todas las astucias del mal; establecer en el mundo, el reino de la caridad sobre las ruinas del reino del odio y del egoísmo humano; sustituir a la rígida ley que sólo hasta entonces había podido mantener la sociedad una nueva ley que se compendia toda en el amor; hacer de esta divina Caridad, que es la ley de los Santos en el Cielo, la única ley de los viajeros de la tierra; he aquí una empresa que sólo Dios podía concebir, y es aquélla la que ha concebido Jesucristo y que después de 19 siglos está en vías de ejecución; esta empresa que nosotros llamamos, el reino del Corazón de Jesús.

11. *Brisa que apague los odios*

Sobre este mundo actual en que parece cumplirse la palabra del filósofo "Ser el hombre lobo del hombre", cuando aún humean las cenizas de la guerra europea y se encienden nuevas hogueras, que amenazan consumir en sus llamas la civilización occidental, es preciso que como suave brisa refresque las almas y apague los odios "el amaos los unos a los otros" del Evangelio de Jesús.

Y esta palabra debemos pronunciarla no tanto con los labios como con la vida, porque hoy como hace 18 siglos no podremos convertir el mundo sino con el argumento objetivo de encarnar en cada uno de nuestros actos la divina ley de la caridad.

12. *La madre común*

A predicar esa cruzada de caridad evangélica, a mostrarles su fuente en el Corazón de Cristo, quiero igualmente consagrar mis energías para que los hombres desunidos por intereses terrenales se estrechen junto a la Iglesia, madre común de todos ellos, así como se unen los hermanos separados junto a su madre querida para besarla en la frente.

No sé si sea ambición muy alta la que me atrevo a expresar pero yo quisiera, colocado por mi cargo sobre las pasiones que dividen, ser como un tranquilo remanso donde los hombres venidos de las más diversas tiendas pudieran hallar en la caridad el don inapreciable de la paz.

Ven, Señor Jesús.

13. *Cooperación de todos*

Os he dicho que para realizar este anhelo de mi divisa episcopal, deseo trabajar con todas mis fuerzas en el reino de verdad, de justicia y de amor que Cristo nos mandó anunciar.

Pero necesito de vuestra cooperación y esa cooperación la prestaréis gustosos, lo presiento, lo leo en vuestros rostros, por medio del apostolado santo de la Acción Católica, la obra de las obras, la pupila de los ojos del anciano Padre común.

La Iglesia se encuentra en un momento de trascendental importancia, del cual dependen muchos años y quizás muchos siglos de su acción y no podemos dejar de responder a su imperioso llamado de trabajar en este apostolado que Ella pide en nombre de las almas, de la gloria de Dios, de la causa del reinado social de Jesucristo.

Y debo terminar, señores, porque he abusado con exceso de vuestra cariñosa atención, pero antes yo quiero agradeceros una vez más con toda el alma vuestra excesiva bondad. Parece que habéis querido hacerme olvidar los tristes adioses de mi familia, mi Universidad y mi Seminario, brindándome desde mi llegada todo el calor afectuoso del hogar. La cruz que sobre mi pecho me anunciaba ya en forma elocuente vuestro cariño y las manifestaciones de hoy lo confirman.

A las autoridades que me honran con su presencia, al Venerado Obispo que me recibe con afecto de padre, al amado clero que de cerca o de lejos me acompaña con su adhesión y oraciones, a vosotros todos, señores, que así demostráis a la Iglesia en mi humilde persona vuestra filial devoción, vayan las expresiones más sinceras de mi inmensa gratitud.

En cambio de tanto afecto yo sólo puedo retribuiros entregándome por entero a vosotros, ofreciendo todo mi ser, mis energías y si es preciso mi vida, para que en esta Diócesis de Talca se cumpla plenamente mi divisa episcopal.

“Ven, Señor Jesús”.

PALABRAS AL ASUMIR EL CARGO DE ASESOR GENERAL
DE LA ACCION CATOLICA (1)
(26-X-1950)

Al concurrir por vez primera en mi calidad de Asesor General de la Acción Católica a esta reunión de la Junta Nacional, deseo expresar en forma rápida algunas ideas que han de servirme de pauta en la tarea no fácil ni ligera que la voluntad del Señor me ha impuesto.

(1) 26 de octubre, 1950; apareció en el *Boletín de la Acción Católica Chilena*, XVIII (1950), p. 5-8.

Quiero ante todo, expresar ante vosotros mi gratitud profunda hacia el Venerable Episcopado Nacional, que inmerecidamente me ha honrado con su confianza designándome para este cargo. Me esforzaré en su desempeño de ser el intérprete de su pensamiento y el transmisor de sus directivas pastorales.

Deseo enseguida, tributar un homenaje muy sentido de afectuoso reconocimiento hacia mi antecesor el Excmo. Mons. Augusto Salinas (2). Su amor, su dedicación y su celo por la Acción Católica serán ejemplos que trataré siempre de tener ante mi vista.

Y quiero en tercer lugar dirigirme a vosotros, Asesores y directores de los organismos nacionales de la Acción Católica, para deciros que, después de Dios, pongo en vuestra cooperación mi confianza. Sé de vuestro entusiasmo y abnegación, sé de vuestras inquietudes apostólicas, y sé también vuestra decisión de trabajar esforzadamente para que nuestra Acción Católica Chilena cumpla cada vez en forma más plena el plan providencial a que está llamada.

Nada que no sea conocido ya por vosotros pretendo deciros. Sólo quiero acentuar algunos puntos en los cuales nuestra Acción Católica, creo debe preferentemente insistir:

1. Sea la primera, la finalidad eminentemente *apostólica* de la Acción Católica. La esencia de la Acción Católica es la de ser un movimiento apostólico de los seculares. Frente a movimientos históricos cuya trascendencia apenas vislumbramos, el católico siente que su misión no es de mera defensa sino de conquista, no de aislamiento en ambientes cerrados, sino de testimonio ante ambientes indiferentes u hostiles.

Es menester que nuestra A.C. sepa dar a los católicos la conciencia de la tremenda tarea apostólica que pesa sobre ellos, que les haga comprender, usando palabras de Su Santidad Pío XII, que "ha pasado el tiempo de las discusiones y ha llegado el de la acción" que comprendan la responsabilidad de su misión que no es otra que la de conquistar el mundo actual para Cristo.

Debemos insistir sin descanso en el carácter apostólico de la A.C. que es de la esencia de este movimiento alejando a nuestros socios de las discusiones estériles, de los recelos injustificados y de los pesimismos aplastantes que esterilizan y matan nuestro apostolado y haciéndoles en cambio sentir que en la "Casa del Padre hay muchas moradas" (3), que la acción vivificante del Espíritu de Dios sabe hacer unidad en la diversidad, que la A.C., precisamente porque católica es amplia como la Iglesia misma, y que con la dilatación de mente y corazón que la Caridad produce, no debemos detenernos en puntos de vista particulares sino ir con urgencia y apremio a esos vastos campos cuajados de mies madura y para los cuales hay tan pocos operarios.

(2) Salinas, Augusto. Nacido en Santiago en 1899. Obispo de Temuco en 1939, Auxiliar de Santiago en 1941, de Ancud en 1950 y de Linares desde 1958. Precedió a Mons. Larraín como Asesor Nacional de la A.C.

(3) *Jn.* 14, 2.

Una A.C. vibrante de espíritu apostólico, atenta a todas las angustias humanas de nuestro tiempo, llamará por sí misma a los católicos a sus filas.

El Cardenal Newman hacía notar, hablando de las conversiones, que se estudian con mucho cuidado las condiciones para la entrada de un convertido en la Iglesia, pero, que no se estudian bastante las condiciones que la Iglesia debe realizar para recibir a los convertidos. Algo semejante podemos decir de la A.C.

Con un gran autor, Thiberghien, repito:

“No nos indignemos al constatar que algunos católicos dudan en formar parte en los planes de la A.C., sino tratemos de hacer que la A.C. aparezca a todos como apta a responder a su deseo de desarrollar en ellos y alrededor de ellos el reino de Cristo”.

2. La segunda idea que deseo acentuar, aunque parezca innecesaria, dado el magnífico espíritu que caracteriza a nuestra A.C. es la de hacer que cada día sean más profundos los lazos que unen a nuestros católicos con la Jerarquía. Con palabras de S.S. Pío XI repito que:

“La A.C. perdería inmediatamente su razón de ser si un instante siquiera, se oscurecieran estas ideas fundamentales y se relajara, aunque un poco, el lazo esencial que los une a la Jerarquía” (4).

La A.C. tiene el deber de formar en los católicos el concepto que ya en el primer siglo expresaba S. Ignacio de Antioquía (5) y que hoy, después de dos mil años, continúa de perenne actualidad: “nada sin el Obispo”.

El mandato apostólico de la A.C. le viene de la Jerarquía. Su apostolado es una participación y cooperación al jerárquico. Esta idea debe expresarse en la práctica en la parroquialidad de la A.C. La especialización de la A.C. para algunos ambientes es indispensable, pero debe cuidarse de no lesionar en lo más mínimo los intereses primarios de la parroquia. La parroquia debe ser siempre la norma general del apostolado de A.C. Especialización y parroquialidad son dos ideas que lejos de ser contrarias se complementan entre ellas. Con el Canónigo Cardijn (6) debemos repetir: “La A.C. es la parroquia que se coloca en la primera línea. Es la parroquia en el frente de batalla”.

3. Una tercera idea es la necesidad de destacar, junto con esta unión a la Jerarquía el aspecto seglar de la A.C., es decir su laicidad.

(4) Discurso del 19 de abril, 1931.

(5) De Antioquía, Ignacio. Obispo de Antioquía, mártir a principios del s. II. Es uno de los Padres Apostólicos. Ejemplo de humildad y sacrificio por la fe.

(6) Sacerdote belga, fundador de la Juventud Obrera Católica (JOC). Impulsor de la misma a nivel internacional. Nombrado Cardenal después del Concilio Vaticano II.

La A.C. puede definirse como una agrupación de seglares organizados en la Iglesia y que han recibido mandato de sus Obispos para colaborar en su apostolado pastoral en una parte especial de su rebaño.

Hay que insistir en señalar cómo la A.C. complementa en cierta manera el ministerio pastoral y cómo sin perder nada de sus vínculos jerárquicos tiene una personalidad propia que el Asesor debe siempre reconocer. Tienen los seglares en su propio apostolado una verdadera dirección, dirección subordinada, ya que debe ejercitarse dentro de los límites del mandato jerárquico, pero que en nada quita la responsabilidad e iniciativas dentro de la propia dirección. La frase de S.S. Pío XI "la A.C. es ejecutiva en el orden práctico y no directiva en el orden teórico" tiene precisamente ese significado. O sea dentro de las directivas superiores y *precisamente para ponerlas en práctica* cabe a la A.C. dar sus propias y particulares directivas.

Plenamente seguro que las directivas de la Jerarquía a quien represento encontrarán en la A.C. total aceptación, quiero también reiterar el anhelo de respetar y hacer que se acentúe esta fisonomía seglar de la A.C. que haga ver a los fieles la confianza que en ellos deposita la Iglesia, y la alegría con que la misma Iglesia ve crecer hasta la edad adulta al laicado católico y asumir las responsabilidades que su misión de tal le exige.

4. Nuestro movimiento se titula Acción Católica Chilena. Y creo que es conveniente recalcar esta última palabra. Debemos conocer nuestras realidades terrestres y adaptarnos a ellas. Nuestra A.C. debe, junto con ser profundamente espiritual, ser intensamente realista. No creada sobre cuadros imaginarios y teóricos sino sobre la realidad de la vida. No sobre planes apriorísticos, que no pueden realizarse, sino sobre la rica experiencia que la vida nos ofrece. Nuestra A.C. debe estar en medio de la vida, formar cristianos reales, organizarlos en sus ambientes reales y hacerlos actuar en esos mismos ambientes. Las experiencias de otros países son para nosotros una preciosa ilustración y un poderoso aliento, pero no puede ser una norma absoluta sino en cuanto se adapten a nuestras propias realidades. En el campo apostólico la realidad chilena se llama escasez de clero, parroquias dilatadas, población agrícola diseminada, ignorancia religiosa, escasez aun de dirigentes seglares. Esa realidad ha de hacernos ver la necesidad que, sin descuidar el apostolado del ambiente, campo primero y esencial de la A.C., nos preocupemos por los otros campos apostólicos a los cuales tampoco podemos negar nuestra cooperación.

"La A.C., dice Mons. Civardi (7), nacida para renovar los heroísmos apostólicos de los primeros cristianos, es un apostolado multiforme. Ella camina en diversas direcciones. De su vasto programa no está excluida ninguna empresa que en cualquier modo pueda contribuir a la gloria de Dios y al bien de las almas. Pero una forma de apos-

(7) Civardi, Mons. Ernesto. Uno de los organizadores de la A.C. italiana en tiempos de Pío XI.

lado que en las condiciones actuales de la sociedad se presenta particularmente necesaria es esta que aconsejamos: "Apostolado individual en el propio ambiente".

5. Aunque superficialmente, debo referirme a un punto en el cual conviene tener siempre ideas precisas. ¿La A.C. es para todos? se ha discutido largamente si la A.C. es acción de "elite" o de masa, y digámoslo con franqueza, se ha incurrido por ambos lados en no pocas exageraciones, la de aquéllos que ponían tal cúmulo de condiciones que casi hacían en la práctica imposible el ingreso a la A.C. y la de aquellos que con campanas a vuelo invitaban a pasar después de la Misa del domingo a inscribirse en el registro de la A.C. S.S. Pío XI ha hablado en forma muy clara en la *Quadragesimo Anno*: El fin del apostolado es la masa paganizada que hay que cristianizar. El medio esencial, es una elite de seglares pertenecientes a cada medio por conquistar; seglares escogidos, instruidos, formados por sacerdotes. La verdadera fórmula es: *la masa por la elite y la elite en la masa*.

El llamado a la A.C. es universal en cuanto forma parte de la vida cristiana, pero, en cuanto a las condiciones que el miembro de A.C. debe en la *práctica* poseer, el apostolado de A.C. es un apostolado de selección. Tarea primordial nuestra debe ser la formación del dirigente. Estoy convencido que todo cuanto hagamos en este sentido, aunque nuestra acción pueda externamente aparecer ineficaz e inoperante es proveer al futuro de nuestra A.C. Pensemos en Jesús que en sus tres años de vida pública consagra lo mejor de su tiempo y de su preocupación a formar a los Doce. Que la voz de orden de nuestras Asociaciones y movimientos especializados sea la formación de jefes, espiritual, técnica y apostólicamente preparados.

6. No podría en esta enumeración de las líneas fundamentales de nuestra A.C. omitir un punto que considero de máxima importancia tanto para deshacer prejuicios, como para dar a nuestro apostolado toda la intensidad y eficacia que necesita. Me refiero a la coordinación interna y externa de la A.C.

La primera se realiza en las organizaciones que pertenecen a la A.C. y por esto la podemos llamar *coordinación en la A.C.* La segunda se verifica entre la A.C. y las Asociaciones y obras adheridas a ella o simplemente auxiliares, y a esta podemos llamarla *coordinación con la A.C.*

La necesidad de la unidad orgánica, la coordinación de todas las fuerzas que actúan en el campo de la A.C. ha sido llamada expresamente por S.S. Pío XI "Palabra de orden" (8).

Comprendamos bien esa palabra. No se trata de unificar, sino de coordinar. La A.C. debe vivir la unidad como la Iglesia la vive, ya que está llamada a participar en una de las manifestaciones esenciales de la vida de la Iglesia: la acción apostólica.

(8) Discurso del 22 de julio, 1934.

Los últimos Pontífices quieren a la A.C. "sicut castrorum acies ordinata", como un ejército pacífico. Pero ¿qué sería un ejército sin la cohesión de sus partes, sin la unidad y la solidaridad? ¿Cómo puede, por ejemplo en una parroquia hacerse A.C. parroquial si las diversas asociaciones de A.C. se ignoran, se aíslan cuando no se obstaculizan?

A esa coordinación interna en el plano horizontal debe unirse otra también interna en el plano vertical. La A.C. es participación al apostolado de la Jerarquía Eclesiástica por lo cual no sólo debe adherir a ésta sino tomar también sus formas externas.

De aquí que para la A.C. la centralidad, la diocesanidad, y la parroquialidad son tres caracteres esenciales pues derivan del hecho de su subordinación y coordinación a la Jerarquía de la Iglesia.

Esa coordinación exige órganos competentes. La A.C. los posee. Son las Junta Nacional, Diocesanas y Parroquiales. Dar a esas Juntas todo el valor que tienen debe ser uno de los esfuerzos más intensos en la labor organizadora de la A.C.

Pero, hay una segunda coordinación que es imprescindible mencionar; la externa, es decir con lo que en terminología de A.C. se llaman obras auxiliares. Queremos que desaparezca todo mal entendido o recelo de parte de ambas. La A.C. no quiere ni debe sustituirse a las asociaciones religiosas existentes.

"Aunque difieren de la organización propiamente dicha de la A.C., ésta debe mirarlas como sus verdaderas y providenciales auxiliares" (9).

A su vez las obras auxiliares no deben invadir el terreno propio de la A.C. sustituyéndose a ella o incidiendo en su programa.

La A.C. debe reconocer los preciosos servicios, la utilidad y la necesidad de las obras auxiliares. Contar con ellas para la difusión del espíritu cristiano y para la formación *general* de sus jefes y miembros.

Confiarles, mediante un acuerdo previo, algún objetivo particular de apostolado.

Las obras auxiliares, cuidando de conservar sus objetivos particulares y de no transformarse en formas de organización general deben prestar a la A.C. su ayuda providencial, ante todo por el concurso eficaz de la oración y haciendo conocer la belleza, la necesidad y las ventajas de la A.C., dirigiendo a ella a sus miembros y colaborando cada una dentro de su fin propio a la ejecución de las campañas comunes promovidas por la A.C.

De este modo se verá que coordinación no es concentración, que coordinación quiere decir establecer relaciones entre cosas variadas y diversas, que coordinar quiere decir crear "la unidad en la multiplicidad". Unidad de objetivo supremo y de orientación: multiplicidad de entes, energías y de acción.

(9) Pacelli, Card. Futuro Pío XII. Discurso del 30 de marzo, 1930.

En esta unidad en la multiplicidad hay que tener presente una idea recordada tanto por S.S. Pío XI a las Congregaciones Marianas, cuanto por el actual Pontífice al aprobar los nuevos Estatutos de la A.C. Italiana y es que en esta coordinación de las obras auxiliares con la A.C., “la *iniciativa central*” corresponde a esta última.

Que nuestra labor esté siempre presidida por el gran signo de la unidad.

Donde reina la Caridad esa unidad florece. Pero como no hay amor sin sacrificio, esa concordia nos significa siempre el renunciar a puntos de vista particulares, a un excesivo espíritu de cuerpo, a una inmólación personal en aras del bien común.

S.S. Pío XI lo recordaba al decir: “Cada parte debe tener conciencia de lo que es, pero jamás esa conciencia de parte, de cuerpo, debe ser con detrimento de la gran conciencia a la cual todas las unidades parciales deben concurrir”.

Hay que formar cada vez en forma más honda el sentido católico y apostólico de la religión, superando esa inconsciente tendencia al particularismo que es una forma disfrazada del egoísmo innato y una negación práctica del catolicismo como religión universal.

7. Cooperando oficialmente a la obra apostólica de la Iglesia la A.C. ha de participar a su amplitud y trascendencia. Todo particularismo ha de estar excluido de ella y aquí quiero, expresamente, referirme al problema de la política de partido.

El Episcopado de Chile acaba, hace un mes, de dar un documento que creo que los católicos debieran meditar y difundir. En él se concretan oficialmente las normas que tanto en lo político como lo social la S. Sede ha una vez más reiterado, Si ellas se aplicaran con sinceridad, toda división de los espíritus habría terminado. No voy aquí a repetir esas mismas normas, pero sí a insistir en la idea que si bien los católicos pueden militar en diversos partidos políticos siempre que estos reúnan las condiciones establecidas, hay un campo que a todos los católicos es común, y esta es la defensa de los derechos de la Iglesia y la aplicación de sus doctrinas, especialmente en el campo social. Y ese campo común se encuentra en la Acción Católica.

Por esto mismo es imprescindible que la A.C. siga manteniéndose “fuera y sobre todo partido político”, abierta a todos los católicos que comprenden los insistentes llamados de la Iglesia y quieran formar en sus filas, siendo para todos, sin distinción, la Madre cariñosa en cuyo amplio regazo todos los hijos tienen cabida, y todos los hermanos se encuentran.

La política que se haga en los partidos. Pero la A.C., como la Iglesia, seguirá siendo la ciudad puesta en el monte, a cuyos pies mueren, se deshacen y se silencian las pasiones que sacuden a los hombres.

La doctrina sin limitaciones, la justicia sin vacilación y la Caridad sin medida, es la única política que cabe en la Acción Católica.

8. Hay un campo en el cual la A.C. debe tener si pudiéramos decir la preferencia, dada la trascendencia que encierra; y es el de la acción

obrera. No deseo extenderme, pero quiero que se grave muy hondo en nuestros espíritus dos frases de singular gravedad sobre este punto; una es de S.S. Pío XII a la Acción Católica Italiana, que dice: "La Doctrina Social de la Iglesia es clara en todos sus aspectos. *Es obligatoria*. Ninguno se puede apartar de ella sin peligro para la fe y para el orden moral".

La otra viene dirigida especialmente a los católicos de Chile y se encuentra en la carta de la Secretaría de Estado de S.S. a Su Eminencia el Cardenal Primado de Chile. Cada vez que la leo o la medito la siento como un grito de urgencia apremiante: "Para naciones como Chile, dice, donde el problema social se va haciendo cada día más agudo, se puede decir que el *porvenir* de la Iglesia depende de la sensibilidad de los católicos acerca de estos deberes".

9. Y debo terminar, porque me he extendido mucho más de lo que deseaba. Mi última palabra debiera haber sido la primera. Y es que nuestra A.C. nos exige mucha y muy profunda vida interior. El cristianismo es el reino de Dios que avanza entre las turbulentas aguas de la historia. El cristiano es fuerte en la medida que es fiel a su vocación y es fiel a su vocación en la medida que impera en él el espíritu de Jesús.

La gran quiebra de la unidad interior cristiana está en el Renacimiento que invierte la fórmula cristiana del primado de la contemplación sobre la acción.

A la agitación que devora a nuestro siglo no vamos a sanarla con más agitación y al exceso de palabras con más palabras, sino a la agitación inmoderada con la contemplación, al exceso de palabras con el silencio de la oración.

Que nuestra A. C. sea auténticamente cristiana y nada temamos.

Tengamos confianza en nuestra A. C. e inspiremos confianza en ella. Mucho ya se ha hecho. Mucho queda por hacer. Mucho, con la gracia de Dios habrá de hacerse.

Se habla de crisis de la A. C. No creo en ella. Creo, sí que puede existir una crisis de crecimiento.

Trabajemos.

La tarea es ardua, pero es gloriosa.

Hay que construir silenciosamente y piedra sobre piedra el mundo del mañana.

Con la humildad profunda del que siente su nada.

Pero con la confianza plena del que sabe que trabaja con Aquel que nos ha prometido estar con nosotros hasta la consumación de los siglos.

A esa empresa vengo a colaborar, sin más bagaje que el del que conoce por propia experiencia "que Dios se sirve de lo más débil para su obra" y que cumpliendo sencilla y humildemente Su voluntad, Su gracia omnipotente suple y robustece nuestra miseria.

Vuestra colaboración será la forma visible de la ayuda de Dios en mi tarea, y mi ansia de servir sin medida, la expresión de mi amor hacia nuestra Acción Católica Chilena.

20º ANIVERSARIO DE LA CONSAGRACION EPISCOPAL:
ACCION DE GRACIAS (1)
(7-VIII-1958)

Habría deseado que esta fecha pasara inadvertida.

Habría querido, en el silencio, hacer más vivo el diálogo entre la voz de Dios que llama a continuar la misión de los apóstoles y la conciencia de mi debilidad que responde como Pedro: "Señor, Tú lo sabes todo; pero Tú sabes que te amo".

Habría querido, sin testigos, pronunciar a Cristo la palabra que El nos enseña y que hoy le repito delante de vosotros: "cuando hiciéreis todas estas cosas que os están mandadas, decid: somos siervos inútiles, lo que teníamos que hacer, eso hicimos" (2).

Pero vuestro cariño filial ha querido expresarse en esta comunidad de plegarias, y no he podido negarme a tan afectuosa exigencia.

Debo ser breve.

Y quisiera que una sola palabra resumiera mis sentimientos en esta hora. Gratitud.

Gracias al Padre de los cielos "de quien desciende todo don perfecto" por haberme llamado, sin merecimientos personales, a trabajar en el advenimiento de su Reino.

Gracias a Cristo cuyo Sacerdocio eterno, me fue hace 20 años comunicado en plenitud, para ser como Pontífice, Maestro y Pastor, continuador del misterio de la Salvación entre vosotros.

Gracias al Espíritu Santo, que por cada Obispo renueva el misterio de Pentecostés, de congregar, santificar y dirigir al pueblo de Dios.

Gracias a mi Madre del cielo, María, cuya protección bondadosa constantemente he sentido.

Gracias a mi Madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, cuyo amor ha sido el móvil supremo de todos mis actos, y a la cual he procurado modestamente servir, sirviendo a las almas que Ella me ha confiado.

La misma frase de Isaías que como divisa le ofrendé en mi juventud lejana, hoy se la repito al atardecer de mi vida:

"Propter Sion non tacebo, et propter Jerusalem non quiescam".

"No callaré por Sión, ni descansaré por Jerusalén".

(1) Palabras pronunciadas en la Catedral de Talca, 7 de agosto, 1958.

(2) *Lc.* 17, 10.

Gracias a la Iglesia por haberme entregado su mensaje eterno para distribuirlo a tantas almas hambrientas de verdad y de absoluto: mensaje que siempre he procurado transmitir en toda su auténtica pureza sin enturbiarlo jamás por pasiones ni compromisos humanos.

Hace hoy 20 años en su liturgia sublime Ella pidió para mí que “amara la verdad y que nunca la dejara ni vencido por el temor ni por la alabanza”.

Doy gracias humildemente al Señor porque me ha permitido, a pesar de mi miseria, ser fiel a esta petición y cumplir, aun con dolor, lo que en ese mismo día me ordenara: “no llares al mal bien, ni al bien lo llares mal”.

Gracias por la enseñanza cristiana que se imparte en 15 establecimientos secundarios y técnicos y en 40 escuelas primarias de la Diócesis.

Por esta Iglesia Catedral, símbolo y centro de la unidad diocesana y por los 45 templos que en estos años he bendecido, repitiendo con honda alegría espiritual las palabras del salmista: “Señor, he amado la hermosura de tu casa y el lugar donde reside tu gloria”.

Gracias, porque la doctrina social de la Iglesia “necesaria y obligatoria” al decir de Pío XII, se ha proclamado en la Diócesis para señalar a “todos los que tienen hambre y sed de justicia” cuál es el camino de la verdadera paz.

El Señor ha permitido que a falta de eficiencia, de que carezco, pudiera ofrendar a la difusión de esa doctrina lo que le da su fuerza y fecundidad; el sufrir por Ella.

Dios me ha dado en esta Diócesis tres cosas que debo especialmente agradecer: un clero diocesano y regular ejemplar, que junto con las 25 casas de religiosas constituyen, para decirlo en frase de san Pablo “mi gozo y mi corona”. Un laicado apostólico que con su palabra y testimonio sabe llevar a los diferentes ambientes el mensaje salvador de Cristo, y una comprensión amistosa con los hombres de otras ideologías, que a pesar de las diferencias de doctrina, han visto en el Obispo al hombre abierto a todas las inquietudes de la hora y a todas las tareas del bien común. Nunca acabaré de agradecer al Señor la fiel colaboración de unos y la sincera amistad de otros, que ha permitido hacer más visible el rostro maternal de la Iglesia.

Gracias al Señor, porque mi consagración a Cristo y a su Iglesia han servido para acrecentar el amor a mi Patria chilena, y me ha hecho posible el colaborar a las patrióticas iniciativas de sus autoridades, laborando, aunque modestamente, por este Chile que Dios quiso heroico para bien de América en lo pasado, y que Dios quiere grande para bien de la humanidad en el futuro.

Gracias al Señor, porque sin dejar de servir a mi Diócesis y a mi Patria, me ha permitido colaborar con la Iglesia y llamado por Ella, en el campo del apostolado internacional donde hoy se debate el porvenir del mundo del mañana.

Humildemente doy gracias a Dios por haber podido ser fiel a las doctrinas y directivas de la santa Sede y mantener a la Iglesia en esta

Diócesis fuera y sobre toda actividad partidista. Sé que Dios y el tiempo, no los hombres, harán justicia a esta posición.

Pero, sobre todo, le doy gracias que a pesar de mi debilidad, haya podido mantener lo que un Obispo más ama; la integridad de la doctrina, la firmeza de los principios, la serena objetividad de la verdad y la fidelidad exacta a las directivas y enseñanzas de la Santa Sede.

En esta hora de mi vida experimento la inmensa seguridad que da el mantenerse unido a la Sede de Pedro, y la inmerecida satisfacción de sentir la mano paternal del Vicario de Cristo que lo bendice y alienta.

Que Dios os pague vuestra plegaria y vuestro afecto. Si el Señor me ha hecho gustar su cáliz, también me ha deparado extraordinarios consuelos.

Que El mantenga en esta Diócesis la unión de los fieles con su Obispo, que es donde reside la fuerza de la Iglesia. Los que atentan a esa unidad olvidan la terrible profecía de Jesús: “herirán al Pastor y se dispersarán las ovejas”. Que hoy y siempre sea este templo en su Cátedra, en su Altar y en sus Naves, la expresión y signo de ese otro templo espiritual que es la Iglesia Diocesana; una doctrina, la de los Apóstoles, que el Obispo en nombre de Cristo transmite y de la cual es depositario y Maestro. Un sacrificio redentor, del cual el Obispo es Pontífice, de donde brota la vida divina que alimenta a las almas y sin la cual no hay vida cristiana posible. Una comunidad, de la cual el pueblo que se congrega en estas naves es expresión, que ora con una misma plegaria, que busca una misma meta y que está unida con el vínculo de una verdadera caridad fraterna.

Y mientras los años pasan y las horas de la tarde se avecinan, mientras el viento de otoño va arrestrando muchas ilusiones humanas, Cristo viene al encuentro de su ministro, tal como vino en su bautismo y comunión primera, tal como vino más tarde en su Sacerdocio y Episcopado, a decirle que El es el que siempre acompaña y comprende; El quien alienta y perdona; El que invita a seguir diciendo con voz entera hasta el fin la palabra que llena de gozo perdurable el corazón.

“Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam”.

Entraré al altar de Dios, al Dios que alegra la eterna juventud del alma.

Esa alegría y esa juventud, es la que con vosotros revivo ante este altar.

25 AÑOS DE EPISCOPADO (1)
(7-VII-1963)

Mis amados sacerdotes:

He deseado que este aniversario me encontrara reunido con mi clero ante el altar de Dios.

Debo decirle al Señor dos cosas para las cuales, en mi insuficiencia, solicito vuestra ayuda.

Tengo que dar gracias y pedir misericordia. Es el diálogo consolador y tremendo de quien sabe que todo "don perfecto viene de arriba, del Padre de las luces". Y de quien escucha resonar la severa advertencia: "dame cuenta de tu administración".

En estos 25 años de Episcopado, veo conjuntamente la obra de Dios y la mía.

Por la primera, debo agradecer su bondad.

Por la segunda, tengo que implorar misericordia.

Y porque para ambas cosas soy incapaz yo solo, os pido me ayudéis con vuestras oraciones ante el Señor.

Que esta Misa que celebro unido a vosotros, lleve al Padre de las Misericordias el himno de mi reconocimiento y la súplica humilde del perdón.

"Magnificat anima mea Dominum" - "Miserere, mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam" (2).

II

Junto a esta súplica que os hago, debo añadir una exhortación.

La gran Encíclica de Pío XII "Mystici Corporis", presenta a la Iglesia como el misterio de la unidad de los cristianos con Cristo y en Cristo.

El Obispo debe ser en la Diócesis el signo viviente de esa unidad.

(1) Alocución a su clero, en la misa con ocasión de cumplir 25 años de Episcopado.

(2) tr.: "Mi alma engrandece al Señor. Ten misericordia de mí, Señor, según tu gran misericordia".

Su enseñanza y su vida, debe colocarse en el misterio de Cristo para conducir en Él a su pueblo.

De ahí, que al decir de santo Tomás, el Obispo se encuentra “tamquam perfector”; el que debe perfeccionar.

Sé bien que no he cumplido esta misión, y que no merecería hablar de ella “quia labiis pollutus sum ego” (3); y sin embargo, es un deber que no puedo eludir.

En esta hora de mi vida, yo debo una vez más hablaros y llamaros a lo que es esencial en nuestro sacerdocio; la santidad.

La Iglesia se encuentra en uno de los momentos más decisivos de su historia. Esperanzas y peligros, renovación espiritual y paganismo, métodos que envejecen y nuevas rutas que se abren; mundo nuevo que surge al margen de Cristo, e impulso misionero inigualado en la historia de 20 siglos. Todo esto pone en unos desaliento; en otros, confusión.

En algunos escepticismo, y en otros excesiva confianza en los nuevos métodos pastorales.

En ambas posiciones hay un peligro.

Ni “los profetas de desgracia” que censuró Juan XXIII en la apertura del Concilio, ni los que todo lo esperan del perfeccionamiento de la técnica o de la organización, pueden dar la respuesta que el mundo aguarda.

La salvación viene de Cristo. La gran desgracia de este mundo de hoy, es estar alejado de Cristo. La Iglesia es “el signo levantado entre los pueblos”, para que en Ella encuentren los grandes bienes que la humanidad busca; la verdad, la libertad, la justicia, el amor, y con ellos, la paz (4).

Pero esos bienes sólo pueden darse en la luz, en la fuerza y en el calor de Cristo.

La Iglesia es el gran sacramento de Cristo; signo visible que nos lleva a la realidad invisible de la vida divina bebida en la comunidad eclesial. El Obispo es en su Iglesia particular, la Diócesis, el generador de esa vida divina, el que comunica a los fieles, por los sacramentos, la vida de la Trinidad Santísima, el que diviniza por la gracia santificando la vida de los hombres, el que enriquece la vida de fe por el magisterio, anima la vida de caridad por la acción pastoral, y sostiene en medio de las pruebas de la existencia terrestre, las inmutables esperanzas cristianas.

Toda su acción está centrada en Cristo. No nos extrañemos por lo tanto de oír decir a Pablo “yo no quiero saber otra cosa entre mí y vosotros, sino a Cristo, y a éste, crucificado” (5).

Si esta es la misión del Obispo, igual es la de los sacerdotes, participantes en su vocación y ministerio.

Y esto, mis amados sacerdotes, nos exige a mí y a ustedes, algo fundamental; vivir de Cristo “Mihi vivere Xtus. est” (6).

(3) tr.: “porque estoy manchado en mis labios”.

(4) *Pacem in Terris*.

(5) *1 Co. 2, 2*.

(6) tr.: “Para mí vivir es Cristo”.



*"En la persona, pues, de los Obispos,
el Señor Jesucristo, Pontífice Supre-
mo, está presente en medio de los
fieles" (Lumen Gentium, c. 3,21)*

Si yo en esta etapa de mi vida examino mis múltiples deficiencias, debo hacerlo conjuntamente con vosotros.

Si yo siento que el Señor me exige una unión más viva con El, debo también pedirla a vosotros.

Si mirando obras materiales o apostólicas, que en estos años han surgido en la Diócesis, yo olvidara que lo principal, "lo único necesario", es dar a Cristo, habríamos omitido lo esencial de nuestra vocación.

De ahí mi exhortación: hagamos que nuestra vida espiritual se centre cada vez más en Cristo. Demos al cultivo y desarrollo de esa vida interior el lugar principal en nuestro pensamiento y en nuestra actividad. Penetrémosnos en forma más y más honda de que el Señor al escoger-nos, y la Iglesia al llamarnos, nos exigen ante todo la perfección. Y que, de otra parte, lo que los hombres quieren encontrar en nosotros es a "los ministros de Cristo y los dispensadores de los misterios de Dios" (7).

Esto significa, buscar a Cristo para poseerlo, poseerlo para darlo, y solamente así cumplir lo que "El Señor pide a sus administradores; que sean fieles" (8).

Nuestra vida debe tener como meta y ambición suprema buscar a Cristo para poseerlo.

La concepción burocrática del sacerdocio —la carrera sacerdotal— como profanamente se le designa a veces, no cuadra con esta búsqueda.

Los honores, los bienes, las situaciones espectables, no nos conducen a este ideal.

El activismo vacío de espíritu, también nos aleja de él.

Hay que buscar a Cristo. Y a Cristo se le encuentra en su Palabra, en su Eucaristía y en la Oración.

Son las tres grandes fuentes de la vida interior del sacerdote.

1) *En primer lugar*, la Palabra de Dios.

Si el sacerdote no tiene un contacto vivo con ella, ¿cómo va a entablar con Dios el diálogo profundo que constituye la base de la contemplación? "Disce Cor Dei in verbis Dei", nos recordaba san Agustín. "Conoce el Corazón de Dios en las Palabras de Dios".

Si a través de la lectura asidua de la Biblia no tiene presente ante sus ojos la historia de la salvación ¿cómo puede comprender las perspectivas de su apostolado?

¿Qué sentido tiene la renovación pastoral que los tiempos exigen, si le quitamos el fundamento bíblico del plan salvador de Dios en el mundo?

Queridos sacerdotes: sin desmedro de la cultura humana que todo sacerdote debe procurar, hay otra cultura, que sin grave falta no podemos omitir; la ciencia de Dios. Y esto exige el contacto vital con su Palabra.

Dios ha hablado. Es la Revelación; la base y la fuente de la fe. Por ella Dios pone en comunicación su pensamiento con el del hombre.

(7) 1 Co. 4, 1.

(8) 1 Co. 4, 2.

Esa palabra es ley y regla de la vida. ¿Cómo si no meditamos diariamente esa ley podremos cumplirla y hacerla vivir a los fieles?

¿Cómo, por otra parte, realizaremos en profundidad lo fundamental de nuestro ministerio?

El Nuevo Testamento nos lo muestra como un servicio de la Palabra (9), que debe ser anunciada para resonar en el mundo entero (10). Servicio sincero que no altera el mensaje (11), servicio valiente que lo proclama con audacia (12). Y esa palabra es en último término Cristo; el Verbo de Dios hecho hombre. "Locutus est nobis in Filio" (13).

El prólogo de san Juan que diariamente recitamos, nos dice que quien cree a la Palabra y recibe al Verbo de Dios humanado, Cristo, entra por El en una vida teologal de hijo de Dios.

Ese Verbo de Dios, Cristo, nos habla. Espera de nosotros una respuesta. Y nuestro destino eterno depende de esa respuesta.

De ahí mi exhortación: busquemos a Cristo en un contacto más profundo con su Palabra. La lectura diaria de la Biblia y la recitación digna, atenta y devota del Breviario, son las primeras fuentes de esa búsqueda.

Que el tiempo es escaso, que los trabajos son intensos, que la vida moderna es absorbente. Todo eso es verdad. Pero sobre ella, hay otra superior: que somos "los hombres de Dios"; los diáconos —los servidores— de la palabra, los heraldos del mensaje divino, los ejecutores del designio salvador. Y si no establecemos la jerarquía de valores en nuestra vida "buscando primero el reino de Dios" (14) es hacernos ineficaces para cumplir nuestra misión.

El problema no es tanto de tiempo, cuanto de estimación; no tanto de recargo de ocupaciones, como de valorización de nuestras diversas funciones.

El sacerdote ha sido constituido al servicio de los hombres para las cosas que son de Dios.

2) *Eucaristía*. La otra fuente es la Eucaristía. El altar es el centro del culto, de la vida y del arte cristiano.

Debe ser también para cada sacerdote, el centro, constantemente renovado, de nuestro encuentro con Jesús.

La Misa nos pone en relación directa con el sacrificio redentor de Cristo. Es el memorial de su muerte y resurrección que renovamos; "donec veniat", hasta su venida final.

En ella comprenderemos el sentido redentor de nuestro sacerdocio.

Todo el trabajo y el dolor de nuestra vida humana encuentra ahí su fundamento y su significación.

(9) Cfr. *Hch.* 4, 29 ss.

(10) Cfr. *Hch.* 3, 4-25; 13, 5.

(11) Cfr. *2 Co.* 2, 17.

(12) *Hch.* 4, 31.

(13) tr.: "Nos ha hablado en su hijo", Cfr. *Hb.* 1, 2.

(14) *Mt.* 4, 33.

En la Misa comulgamos al sacrificio de Cristo. Hacemos nuestra su ofrenda de amor sobre la Cruz.

Esa comunión nos hace vivir el gran misterio del amor de Dios "que amó tanto al mundo, que le dio a su Unigénito".

La Misa nos establece en la caridad.

Lo que buscamos ya lo poseemos, y al poseerlo repetimos las palabras del Cantar de los Cantares: "Tenui Eum nec dimittam" (15).

El sacerdote que encuentra a Cristo y lo posee, tiene consigo la seguridad de su vida sacerdotal.

Los versos de san Bernardo nos lo recuerdan hermosamente:

"Nec lingua valet dicere
Nec littera exprimere
Expertus potest credere
Quid sit Jesum diligere" (16).

Cuando la vida sacerdotal se ilumina en el amor de Cristo, no hay amargura ante el fracaso, ni debilidad ante la tentación, ni rebeldía ante la obediencia, ni cansancio "ante el peso del día y del calor".

El sacerdote guarda esa juventud del alma que el Salmista aspiraba y repite sereno al avanzar por la vida, la palabra de Pablo:

"¿Quién nos podrá separar del amor de Jesucristo?" (17).

3) *La otra fuente de amor a Cristo es la Oración.*

El Evangelio nos muestra la necesidad absoluta de la oración y el lugar que ella ocupa en la vida de Cristo.

La oración de Jesús está íntimamente ligada a su Misión, a su Pascua y a su Resurrección.

La prueba más elocuente de ella nos la entrega san Juan en su Capítulo XVII; la oración sacerdotal de Jesús.

La Tradición de la Iglesia es invariable en el testimonio de la importancia de la oración.

Ser santo es ser hombre de oración. Podrán variar las formas externas de la santidad; S. Pedro de Alcántara no es igual a Sta. Teresita de Lisieux. Y sin embargo, una cosa es común: la oración.

Sin oración la vida de fe, de esperanza y de caridad, languidecen.

Somos por vocación, los hombres de la oración que "entre el vestíbulo y el altar" piden misericordia y gracia para los hombres.

Hoy se discute mucho sobre el uso o no uso del traje talar. Los defensores del cambio dicen que su supresión nos acerca al pueblo, los contrarios al cambio, afirman que la sotana nos dignifica.

No me pronuncio sobre el problema, porque no me corresponde aquí tratarlo, y su resolución está entregada a acuerdos y consideraciones colectivas. Pero sí, debo decir una cosa: que con sotana o sin ella, el hombre de oración llevará las almas a Dios, y el sacerdote carente de

(15) tr.: "Lo retuve y no lo soltaré".

(16) tr.: "Ni la lengua se atreva a decir - ni el escrito a expresar".

Ni quien lo experimenta puede creer - lo que es amar a Jesús.

(17) *Rm.* 8, 35.

espíritu de oración, será sólo “aes sonans”, bronce que suena, pero que no penetra a lo profundo de los problemas del espíritu.

La pregunta de S. Bernardo es para nosotros una fuerte requisitoria: “Sacerdos, si tu non oras, quis orabit?” (18).

Alimentado por la Palabra de Dios, la Eucaristía y la Oración, el sacerdote vive lo profundo y lo auténtico de su sacerdocio, da eficacia a su ministerio y realiza el fin para el cual Dios lo llamó, cooperando con Cristo en la salvación de nuestros hermanos.

Vayamos por la oración a las raíces de nuestro sacerdocio, Cristo presente y actuando en nosotros.

Avivemos por la oración el diálogo continuo y amoroso con Dios, que nos hará aptos a tener el verdadero diálogo con los hombres, pues en la medida en que estamos presentes a Dios, estamos presentes sacerdotalmente a nuestros hermanos.

Todo aniversario nos hace casi instintivamente mirar el camino recorrido. Al hacerlo hoy, y contemplar los acontecimientos pasados, con su cortejo inevitable de alegrías y dolores, sólo puedo repetir la palabra del “peregrino de lo absoluto”, León Bloy, “la única pena grande en el mundo es la de no ser santos”.

La exhortación de Pablo a Timoteo, vuelve hoy a adquirir para mí y para vosotros toda su fuerza. Con ella concluyo esta exhortación. “Te invito a revivir el don que Dios ha depositado en ti por la imposición de mis manos”. “Porque no es un espíritu de temor el que Dios nos ha dado, sino un espíritu de fuerza, de amor y de gobierno de sí mismo” (19).

III

La Misa debe continuar y en ella nuestra común oración. La gran plegaria del Canon va a hacernos revivir la antigua “anaphora” eucarística de los siglos primeros.

Pidamos por la Iglesia santa “una cum Pontífice nostro Paulo et antistite vestro” (20).

El Papa y el Obispo son los centros de la gran comunión eclesial.

Que esa unión con Roma y con el prelado, se fortifique, porque de ella se enriquece la Iglesia entera.

Memento Domine... La Diócesis, en su Gran Misión General; la santificación del clero; las vocaciones sacerdotales y religiosas; el apostolado laico.

Memento Domine... mi anciana madre y mis familiares; los que a través de estos años han prestado su colaboración; los que, con funda-

(18) tr.: “Sacerdote, si no oras tú, ¿quién orará?”

(19) 2 *Tm.* 1, 8.

(20) tr.: “en unión con nuestro Papa Paulo y vuestro obispo”.

mento o sin el, han criticado mi labor. Todos son medios de que el Señor se vale para hacer fructificar la simiente.

Memento Domine... los que están lejos; los que no han oído la voz del pastor; los que la han rechazado. Hoy siento más vivo que nunca el llamado a buscar "las ovejas que habían perecido de la Casa de Israel".

"Memento Domine famulorum tuorum qui nos praecesserunt cum signo fidei" (21).

Mi venerado predecesor y consagrante, Mons. Carlos Silva Cotapos (22).

Los sacerdotes fallecidos en estos 25 años. Los religiosos y religiosas que entregaron a la Diócesis el tesoro de su esfuerzo y ejemplo.

Sé que tampoco están ausentes de este altar, el alma bendita de mi padre y de mi gran amigo el P. Alberto Hurtado (23).

Que todos ellos intercedan por mí ante el Señor.

Y ahora, mis amados hijos, yo miro hacia adelante con el alma henchida de gratitud.

He dado gracias y he clamado misericordia.

Sólo me resta pedirle al Señor me permita seguir cumpliendo hasta que El lo disponga, lo que san Pablo exhortaba a Timoteo:

"Toma tu parte de sufrimientos como buen soldado de Cristo" (24).

Labora sicut bonus miles Xto. Jesu.

Así sea - Fiat - Fiat.

(21) tr.: "Acuérdate, Señor, de tus servidores, que nos precedieron con el signo de la fe".

(22) Silva Cotapos Carlos. Antecesor de Mons. Larraín en la diócesis de Talca desde 1925-38.

(23) Hurtado Alberto, S.J. Es una de las figuras sacerdotales del siglo más conocidas en Chile, especialmente por su testimonio social y de caridad. Muchos sacerdotes lo tuvieron por Padre Espiritual. Amigo íntimo de Mons. Larraín y de vocación paralela a la suya.

(24) 2 *Tm.* 2, 3.